

Don Morelli y el viejo Boris

En la finca de los Bardetti, desde hacía muchos años, se alojaban dos extranjeros solitarios, ancianos ya.

Uno era don Morelli, tenía su piecita afuera con baño y cocina, pero pasaba todo el día con la familia. Había venido huyendo de la guerra con el abuelo y de él había heredado la cabecera de la mesa.

Tres cosas conservaba intactas: la manía de remojar el pan en el vino, la ropa y una salud de hierro. No se enfermaba nunca, así es que cuando de un día para otro llegó a su fin, a la mitad de los Bardetti le pareció que ya era hora y a la otra mitad le corrió algo frío por las sienes -aunque todos por igual tenían que decidir entre el entierro común o el panteón familiar, según lo declararan medio pariente o no.

En vida nunca había hecho nada para simpatizar con nadie, no era amable ni mostraba afecto alguno a excepción de un cierto enojo constante que lo seguía como un aura. Si veía que los más chicos dormitaban arriba del plato o se les daba por cantar durante la cena, daba un golpe de puño contra el mantel y había un silencio pasmoso hasta que cesaba la vibración.

Boris, el viejo Boris, era polaco. Suponiendo que había llegado en la misma época que don Morelli, le adjudicaban el mismo pasado de trincheras, de abandonar el querido suelo en la devastadora pobreza, de comer alimañas y esas cosas. Se llevaban

tan mal Boris y Morelli que seguramente se habrían disputado alguna mujer. Los que sabían bien la historia eran los abuelos, pero ya no estaban, y ninguno de los dos viejos hablaba lo suficiente. Uno gruñía, el otro casi graznaba.

Alguna diferencia habría sin embargo, porque al viejo Boris lo tenían viviendo también afuera pero en una habitación mucho más pequeña, casi un cobertizo, con una cama desvencijada que remataba en tubos de bronce. No hacía otra cosa que ir a caminar bien temprano, a estirar aún más sus largas piernas flacas y a extender su mirada acuosa por los alrededores. De sus ojos salía una especie de amor silencioso y pacífico, un sentimiento sorprendido de sí mismo, gestado para sus adentros, nacido como un hilo delgado que se convertía en manta suave y cubría por completo todo lo que veía.

De joven, un martes de abril, Boris había deseado que su madre volviera a hacer los wojnie wyznania pomiędzy que tanto le gustaban. Después vino la guerra.

Bajo la parra de los Bardetti cada fin de año, alrededor de la mesa festiva, los niños corrían con botellas y latas vacías que llenaban de cohetes, los hombres se juntaban para ir a disparar sus armas al aire, las mujeres se calculaban los retrasos menstruales o rompían platos contra el piso para que saliera un número en la lotería, y los dos viejos se robaban el pan.

Nora MARTÍNEZ



Solista - Miguel FLORIO

Fragmentos de “Liturgia de los mares”

Bajo el oscuro golpe de los truenos

estaba el lugar de tu camino

y frente a ti la vastedad del mar,

siglos de azul el horizonte ardía.

Alas de tu sueño hilvanan noche tras noche

la trama del destino.

Supiste entonces que respirarías senderos entre
sombras,

laberintos donde surge el olor de la tiniebla,

la luz en el instante del relámpago,

aire en vértigos donde pájaros perturban la lluvia

y el abismo.

Marlene PASINI

La señora Dalí (última parte)

La señora Dalí dijo que había quemado muchas cartas para no comprometer a su amiga, la princesa de Beirut. Cambió su declaración y frente a las autoridades judiciales dijo que había tenido dos móviles: vengar el ultraje de su amor y alimentar en una experiencia única a los trabajadores de la construcción que cada día comían en el Oriente. El arroz con albóndigas a un precio que sólo pagaba el arroz, sin buscar ninguna ganancia. La carne al horno, que algunos trabajadores confundieron con carne de liebre, llegó a la prensa bajo el título de Obreros caníbales en pleno Buenos Aires.

Indignación y azoro de los trabajadores: “No tenemos palabras”, dijo uno de ellos. “Espero que nunca lo sepan mis hijos”, declaró otro.

Las revistas femeninas empezaron a entrevistar a las mujeres. Mediante un pago una publicación logró reunirlos. La nota provocadora estaba titulada con una pregunta dirigida a las lectoras: ¿Ud. besaría a un caníbal? Las mujeres dijeron que nunca, pero que sus respectivos maridos no eran caníbales sino trabajadores que mantenían a su familia, que cada día se levantaban a la madrugada para lograr el sustento de sus hijos. Pero -dijo una- un poco impresiona. Al menos las primeras veces... después de que se hizo público. En cuanto a la señora Dalí, varias dijeron que la pena de muerte sería poco. Que mejor era prisión perpetua -quizá por la palabra perpetua- que amenazaba con una muerte sin fin.

La princesa de Beirut fue nombrada al comienzo, pero al poco tiempo la certeza de que era una fábula parecía imponerse.

*Había matado. Es verdad.
Pero también había intentado
remediar en algo su crimen
al utilizar el cuerpo del infortunado
para realizar un acto meritorio:
alimentar trabajadores
sin ningún valor agregado
por la carne humana.*

Fue en ese momento que el sobrino Elías Dalí Abdala aportó una prueba: algunos sobres chamuscados con sellos postales de Beirut. Al parecer su tía había actuado bajo el influjo demoníaco de esta princesa que la convenció de matar al falso coronel con el argumento de que era un ser endemoniado

que había llegado a su vida para arrancarle el corazón. Si ella no lo mataba, sería su víctima.

De esta manera esperaba declararla como no responsable de sus actos. Había matado. Es verdad. Pero también había intentado remediar en algo su crimen al utilizar el cuerpo del infortunado para realizar un acto meritorio: alimentar trabajadores sin ningún valor agregado por la carne humana.

A pesar del extravío mental, dijo el abogado, no perdió un sentimiento de caridad y no hay que olvidar que rezó, que los vecinos que testificaron dijeron que nunca fue una mujer cruel y que más de una vez cruzaba a un parque para alimentar a los gatos que pululaban por ahí. En su juventud había inspirado una canción de amor, por su belleza y su bondad.

El fiscal ironizó que estaba dispuesto a dejarse comer por semejante persona de bien. Objeción: Ella no comió, ni siquiera probó la comida que resultó del cuerpo. Entonces, dijo el fiscal, le pediré que me haga el favor de prepararme como el plato que ella considere compatible con lo que le ofrezco.

Las risas y la fiesta periodística terminaron cuando la señora Dalí se ahorcó en su celda. El sobrino de Junín se asoció con los hijos, cerró el bar y restaurante Oriente y en el mismo local abrió una mercería llamada La princesa de Beirut.

Germán GARCÍA

Plaza Miserere

Me gustaría pensar

que sueño mi mal presente

y que el bien que sueño ausente

será mío al despertar,

pero es inútil soñar

que sueño la verdadera

vida que arrastro. La espera

de mi ventura maldigo

y, por experiencia, digo:

quién espera, desespera.

Fernando GARCÍA

Paysandú

Algún hombre evoca la simetría

del paisaje que hoy muestra, desolado,

escombros que sin tregua se deshacen.

Las aguas no remontan ningún vado

ni hay luz en el confín del mediodía.

Fernando GARCÍA

Cuentos seniles: La puerta

Antes de comenzar dos notas:

1. *Mirilla es un redondel insertado en la puerta de calle (que da a un pasillo) de mi departamento a la altura de los ojos, de bronce con un centro de vidrio que permite ver siluetas ovoides, caras informes con ojos agigantados y sobresaltados como de extraterrestres que proyectan la sombra de sus cuerpos sobre mi puerta (dada la ubicación de la luz frente a la puerta del ascensor) dejando los rostros en penumbra, con acento en el carácter fantasmal de las figuras en el exterior del departamento. Mirando desde afuera por la mirilla se consigue un efecto de distancia, profundidad y miniaturización de los objetos que se alcancen a distinguir.*
2. *Todos los modelos de timos que se conocen en la actualidad para hacer abrir la puerta a los incautos se han inventado y se practican desde la invención misma y acaso también desde antes de que se inventaran las susodichas puertas.*

Una laboriosa estrategia practicada durante décadas consistente en rechazar sistemáticamente invitaciones, inasistir regularmente a los distintos compromisos sociales y valerme del contestador automático como el secretario más caprichoso e ineficaz responsable de desorganizar mi agenda, fue vulnerada cuando Aída, aquella novia de la adolescencia de mi hermano menor (período pleistoceno), se mudó, casualmente a mi edificio.

El timbre, temerario enemigo, se transformó en el sonido de la peor alarma. Aída con una torta. Aída con una revista. Aída con un juego de mesa. Poco había podido disfrutar del derroche egoísta de mi propio tiempo. Se supone que a cierta edad cualquier compañía es indispensable, y allí estaba Aída, que llegaba y no se iba (su verdadero nombre era otro, yo la bauticé Aída para aprovechar la rima).

De nada servía preguntar quién era

*De nada servía examinar
a través de la mirilla
el espectro del otro lado
de la puerta,
la figura indiscernible era Aída
la mayoría de las veces,
o todas.*

frente a la puerta cerrada. El sonido indescifrable llegaba como proferido desde debajo de dos frazadas, se tratara de Aída o no. De nada servía examinar a través de la mirilla el espectro del otro lado de la puerta, la figura indiscernible era Aída la mayoría de las veces, o todas.

Modifiqué algunas costumbres, es cierto. Dejé de escuchar la radio por la mañana. No perdí mucho. Ahorré algo en concepto de luz que mal no me vino mientras evitaba delatar mi presencia en el departamento. Igual sonó el timbre y era Aída con una botella de un espantoso lemoncello casero.

Hay ocasiones en que luego del sonido impetuoso y metálico de la alarma, atendería gustoso al falsario que con cualquier pretexto consiguiera hacerme abrir la puerta, intentara llevarse lo que no es suyo y se fuera enseñuida.

Roberto GÁRRIZ

Hay que matarme

Si hay una regla que he seguido a rajatabla en mi vida ha sido la de evitar el enojo del otro, no tanto por cuidarlo a aquel sino más bien para no tener que elevar la voz, discutir, argumentar... De hecho jamás me peleé con un taxista. El tipo dice

“hay que matarlos a todos” y yo que sí, que matelos nomás. El tachero considera que “mano dura” y yo que bueno, que a veces el rigor no viene mal. Un jefe dice que valgo menos diez, y yo le digo que tiene razón. El verdulero me pone 400 gramos por medio kilo, y le pago el medio. Alguien me quiere explicar por qué mi apellido no se pronuncia como yo digo, y lo escucho y siempre que

me acuerde diré que me llamo como él dice, total... Y así. Pienso que yo sé bien qué creo, quién soy y cuáles son mis principios y que no tengo por qué estar dándome a conocer o justificándome todo el tiempo. Es como un “ma’sí, te digo lo que querés escuchar y listo”.

La estrategia siempre me dio excelentes resultados y hasta he llegado a ser muy popular en los grupos en los que me muevo. En general todos consideran que soy una excelente persona, y es que soy esa persona que ellos esperan que sea, nomás porque siempre

les doy la razón. Soy bárbara en ese sentido. Usted mismo, con seguridad, se pasaría un rato muy ameno charlando conmigo. No es que yo charle mucho, más bien disfrutará de ser escuchado sin que le lleven la contra, ¿no es genial? Eso sí, usted nunca sabrá bien quién soy yo. Claro que hay casos excepcionales, en los que verdaderamente me siento identificada con

las ideas de mi interlocutor; ahí asiento, pero con sinceridad. ¿Alguien nota la diferencia? No creo. Así es que dentro de los términos normales, para los demás, soy una persona maravillosa. Digamé, no sea tímido, ¿no le gustaría ser mi amigo? Déle...

Yanina BOUCHE

Año IV - Diciembre 2009 - Número 41
Muestra gratis

web: www.odradek.com.ar
blog: www.odradek-odradek.blogspot.com
correo: domiciliodesconocido@odradek.com.ar

*- Bueno, ¿cómo te llamas?
- Odradek- dice él.
- ¿Y dónde vives?
- Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*

Franz Kafka

Amigos

Me levanto y así, de golpe, me entero que Diego ahora es amigo de Dante, de Sil y de un tal Gabriel. Ya sin tiempo para reponerme del golpe, Rial me informa que hay un nuevo boliche en capital, y me da el nombre y la dirección. Pienso ¿y si le digo a Diego que vayamos?. Pero me imagino que ahora debe estar muy ocupado con sus nuevos amigos, así que prefiero no invitarlo. “Total, tengo muchos amigos”, me tranquilizo. Pero poco me dura la calma, porque ahora resulta que Adrián es amigo de Dan. Me pongo loco. ¿Qué meritos habrá hecho el tal Dan para ser amigo de mi amigo? Yo he cargado bafles con él cuando tocaban en algún lugar. Hasta llegué a tocar algunas veces con alguna de sus bandas y ahora viene Dan y listo, ya es su amigo.

Será cuestión de concentrarme en las “nuevas generaciones de amigos”. Por

ejemplo en Sergio, uno de los últimos amigos por carácter transitivo (yo soy amigo de la novia, de cuando frecuentábamos la noche a la que Rial quiere que vuelva). Pero Sergio también está en la renovación, y mas rápido que yo. Porque resulta que es amigo de Silvia y de Sofia ahora. Bueno, a lo mejor deberé focalizar mis esfuerzos en los parientes, en la familia. Mi cuñada está buscando una lima para un restaurant que tiene. A lo mejor si la ayudo con eso... ah, pero también necesita agua, una banana y una manzana. La puta madre, uno les da la mano y te agarran hasta el codo. Bueno, buscaré entonces entre los amigos descuidados de la secundaria. Por ejemplo Liliana, a quien hace mucho que no veo. Pero es amiga de Valeria, de Juan I. y de alguien que se hace llamar “quiero mi evento”. De los dos primeros, vaya y pase. Pero el último me hace reflexionar.

¿Realmente me interesaría juntarme un sábado a la noche con alguien que se define como el deseo de algo? A lo mejor en otro momento de mi vida sí, pero ahora ni en pedo. No sé que hacer. De seguir así voy a perder a todos mis amigos, a no ser que busque la amistad de algún desconocido, alguien famoso, pero que no me conozca. Podría probar con Miguel del Sel. No, no. Mejor pruebo con el Chino Volpato. Parece mucho más abierto al diálogo, más reflexivo, más parecido a uno. Creo que sí. Además, de a poco puedo hacerme amigo de sus amigos y quién te dice que en un par de años no termine algún sábado a la noche charlando con él, o con Pablo Maronna, o con alguno de sus amigos. Pero... algo pasa. Ahora no hay nadie. Nadie responde, nadie aparece. Me abandonan. No, no. No es verdad. El cable de red sigue conectado. Usted me está mintiendo. ¡¡¡Usted me está mintiendo!!!

Mariano QUINTERO

Nitometrismos

Se sabe que la mejor literatura es la que muta, transgrede, se snutre de su propia época para travestirla, cuestionarla, ridiculizarla o, sencillamente, asesinarla. Los recursos literarios son el reflejo de su tiempo. Allí donde una kilométrica frase proustiana muestra toda su potente efectividad en virtud de su pertenencia a un momento en el tiempo, esa frase queda, en otro tiempo distinto, irremediamente como un pez fuera del agua: boqueando, cianótica y al borde de la muerte.

El nitometrismo (así denominado en homenaje a su creador: el semiólogo, literato, lingüista y cantante Nito Mestre) demuestra, sin embargo, el irreductible coraje del lenguaje para llegar como sea a tocar la fibra emotiva de todos aquellos que estamos dispuestos a no vegetar en el formol de lo probado.

Ninguneado por la Academia, el recurso al nitometrismo es ya sin embargo parte de nuestro inconsciente colectivo. Desde su aparición tibia, tímida, durante los primeros años setenta, y de la mano de dos adolescentes que intentaban enriquecer ese embrión embrutecido del primer rock argentino con una lírica propia de las obras selectas de la literatura universal, el nitometrismo se ha revelado como el pathos generador de una nueva sensibilidad.

Tencon tráre unáma ñána, dentro démia bitación esconde un desplazamiento meditado y recursivo en los modos de acentuación aliterada en tanto corrimiento distal.

Lasalón drasyaes tánmuer tas, las mentés están desiertas (Distinto tiempo) revela el sórdido pelaje de la mentalidad posdictadura, tanto como la mirada esperanzadora de *Hoytiré viejasó jasesás quehablabán delpasá dó* (Hoy tiré viejas hojas).

Algunos pocos supieron en su momento distinguir el genio y hacerlo propio. *Esoesun gran fan tasma, creadópor gé raciones pasadás* (La colina de la vida) destila el temor de lo inasible, mientras que *Ellósescrí benlas cosas, y yoles pon go melodía y ver só* (Para quien canto yo entonces) se pregunta acerca de la futilidad evanescente de lo literario.

Como fuera, el nitometrismo es sin dudas el gran silenciado de nuestro tiempo. Un silenciado que en esta época de sordera y engorde de creadores subrepticios, suena, paradójicamente, más fuerte que nunca.

Adrián DRUT